

Once de Septiembre de 1973: PROTAGONISTAS DESDE DENTRO Y FUERA DE LA MONEDA

Su propósito era "no despertar sospechas", que todo pareciera normal. Incluso la tarde del 10 de septiembre el general Augusto Pinochet se entretuvo jugando con el perro de la casa, como lo hacía todos los días. Hasta que recibió un llamado urgente: una unidad militar de provincia marchaba ya hacia Santiago. ¿Podía ese gesto de apresuramiento de algún comandante poner en peligro los planes de las Fuerzas Armadas chilenas?

La historia, con mayúsculas, aún está por escribirse. A través de diferentes libros —la mayoría editados este año— los chilenos se están enterando de cómo los diferentes protagonistas vivieron los hechos. En todo caso, el sábado 8 de septiembre de 1973 parece ser determinante.

Según el general Carlos Prats, en sus MEMORIAS, ese día el Presidente Allende le manifestó que llamará a un plebiscito popular: *Piensa que en ese veredicto saldrá perdedor, pero será una honrosa derrota para la UP porque habrá una expresión mayoritaria del pueblo que le permitirá evitar la guerra civil, tragedia que ni la más cara consideración partidista lo inducirá a promover. Lo contemplo estupefacto —sigue Prats—, como si mis oídos hubieran malentendido sus palabras. Me observa interrogadora mente con sus ojos penetrantes.*

"Perdone, Presidente —digo lentamente—, usted está nadando en un mar de ilusiones. ¿Cómo puede hablar de un plebiscito, que demorará 30 ó 60 días en implementarse, si tiene que afrontar un Pronunciamiento Militar antes de diez días?"

"... Con un tono sutilmente sarcástico, el Presidente me pregunta:

"—¿Qué salida ve usted, entonces, al problema que enfrenta la UP, partiendo de la base que he tratado hasta el último de lograr un entendimiento con la DC y no quiero la guerra civil?"

"—Que el lunes usted pida permiso constitucional por un año y salga del país. Es la única fórmula que queda para preservar la estabilidad de su gobierno, porque volverá en gloria y majestad a terminar su período —le respondo.

"El Presidente alza el busto en su

asiento y me mira con una expresión que nunca olvidaré, porque sus ojos y no sus labios los que me dicen: "Jamás."

También ese día, según Sergio Arellano, hijo del general del mismo nombre, en su libro "MAS ALLA DEL ABISMO" *"fueron informados (de los planes de golpe) otros generales de Ejército por separado. Alrededor de las 20:30 horas mi padre concurre al domicilio del general Pinochet para ponerlo en antecedentes del proyecto"*.

Al día siguiente, domingo 9, se reci-

bió en la casa del general Pinochet un compromiso enviado por el Almirante Merino para ser firmado por los Comandantes en Jefe. Estaba presente el general Leigh. Narra Arellano. *"No hubo explicaciones. El general Pinochet informó que estaba en antecedentes del plan y que se sumaba a él, por lo que suscribió de inmediato el documento que se le llevaba."*

Lo que vino después lo cuentan, desde su punto de vista, el propio general Pinochet en "EL DIA DECISIVO" y desde su personal enfoque, el ex ministro Carlos Briones.

A DOCE AÑOS DE UN ACONTECIMIENTO QUE CAMBIO EL CURSO DE LA HISTORIA DE CHILE, DOS DE SUS PRINCIPALES PROTAGONISTAS NARRAN SUS IMPRESIONES EN PARALELO.

GENERAL AUGUSTO PINOCHET
UGARTE

A las 05:30 horas pasé a la ducha y comencé a vestirme. Más o menos a las 06:30 horas sonó la campanilla del teléfono. Era un llamado de la telefonista de la Casa de Allende, en Tomás Moro. Respondí como si se tratara de una persona que recién despierta y debo haber estado convincente, porque sólo se me informó "que me iban a llamar más tarde". Me vestí rápidamente. A las 07:00 horas llegaron los vehículos que se habían citado para "ir a pasar una revista a Peñalolén". Poco después, a las 07:10 horas, viajaba en el vehículo rumbo a la casa de uno de mis hijos. Allí permanecí algunos minutos contemplando a mis pequeños nietos que dormían sin saber lo que iba a ocurrir.

Subí al vehículo y ordené al conductor dirigirse a la Central de Telecomunicaciones, lugar donde estaba el Puesto de Mando del Comandante en

Jefe del Ejército, a donde llegué faltando veinte minutos para las ocho horas. Me reuní con el personal que había venido conmigo y con otros del Comando en Jefe del Ejército y les expresé lo que sucedía. Con alegría pude comprobar que todos estaban felices por la decisión adoptada, con excepción de mi Ayudante, que me expresó no estar de acuerdo con lo que se iba a realizar. Le acepté su posición, y dispuse su arresto de inmediato en una sala del edificio de Telecomunicaciones del Ejército.

Después de una rápida revista y de algunos momentos de espera se sintió la Canción Nacional, que se transmitió por todas las radios revolucionarias de Santiago, y poco después de las ocho y media se escuchó la proclama de la Junta de Gobierno. Se fundamentó dicho documento en la gravísima crisis moral, social, política y económica en que, por incapacidad o por voluntad del Gobierno, se había sumido al país, y en el desarrollo del terrorismo que llevaba

GENERAL AUGUSTO PINOCHET LO CALIFICA DE "EL DIA DECISIVO" EN SU OBRA DEL MISMO NOMBRE.

a Chile a una guerra civil. Por último, se resolvía que el Presidente debía entregar su cargo a la Junta.

La proclama constituyó un tremendo golpe para Allende. Este habló telefónicamente con el Almirante Carvajal, quien le dijo que tenía orden de la Junta de Comandantes en Jefe de comunicarle que debía entregar el poder sin condiciones, y que esperaba un avión FACH para llevarle a él y a su familia a cualquier país sudamericano al sur de Panamá. El resto de los ocupantes de La Moneda debían rendirse de inmediato. Se cortó la comunicación.

Después de mantener un enlace radiotelefónico permanente entre el Puesto de Mando del Almirante Carvajal y el Puesto de Mando del Comandante en Jefe del Ejército sobre el desplazamiento y la acción de las tropas, llegó por citófono la información de que Allende se había suicidado. Eran poco más de las 10:30 horas. Al preguntarle a Carvajal por esta noticia, me respondió:

"Augusto, lo del suicidio era falso, ahora acabo de hablar con el Edecán Naval, Comandante Grez, y me dice que él y los otros dos Edecanes se van a retirar de La Moneda y se vienen hacia el Ministerio de Defensa".

Le encargué al Almirante Carvajal buscar al Jefe de Carabineros, para decirle que retirara sus tropas de la Casa de Gobierno, porque La Moneda



GENERAL PINOCHET: "Debo confesar que la noche del 10 al 11 fue la más larga de mi vida." (Foto revista "Ercilla").

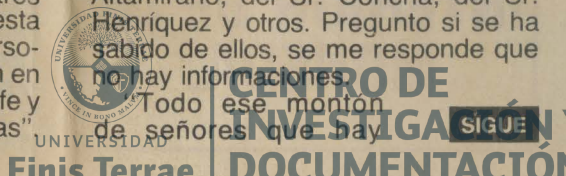
iba a ser bombardeada por la FACH. Me respondió que los Carabineros estaban retirándose de La Moneda en ese momento, y que el General Brady estaba informado para que no se les disparase cuando éstos evacuaran el Palacio.

De inmediato recibí un nuevo llamado de Carvajal para decirme que lo había llamado el Secretario de Marina, Domínguez, para retransmitir la solicitud de Allende de que fueran los tres Comandantes en Jefe a pedir la rendición al Presidente a La Moneda. Mi respuesta fue: "Tú sabes que este señor es chueco; en consecuencia, si él quiere rendirse que venga al Ministerio de Defensa a entregarse a los tres Comandantes en Jefe". La respuesta de Carvajal fue ésta: "Hablé personalmente con él, le intimé rendición en nombre de los Comandantes en Jefe y contestó con una serie de groserías"

De inmediato ordené que se bombardeara La Moneda. Para ello era previo evacuarla; luego había que asaltarla, y así su ocupación resultaría más fácil y con menos derramamiento de sangre.

Le indico al Almirante Carvajal que le ofrezca por última vez al Sr. Allende como plazo definitivo hasta las 10:30 horas, para que se rinda y entregue su renuncia; se le asegura su integridad física y que será expatriado. Recalco que es por última vez. Esperaremos hasta diez para las once para que entregue su renuncia. Si no lo hace, atacaremos, cualesquiera sean las consecuencias.

En ese instante me acuerdo del Sr. Altamirano, del Sr. Concha, del Sr. Henríquez y otros. Pregunto si se ha sabido de ellos, se me responde que no hay informaciones. Todo ese montón de señores que



ciones y estaba muy preocupado. Estuve hasta las dos de la mañana con el Presidente y con Orlando, nos vinimos juntos. Ya tenía información de lo que estaba pasando en Los Andes, por ejemplo, que estaba acuartelada la guarnición de Santiago, cosa que no sabía el ministro de Defensa y se llamó al general Brady, que era el comandante y dijo que era una medida de precaución porque creían que iba a haber desórdenes. Esos antecedentes más los que teníamos de antes me pintaban un cuadro muy sombrío de lo que iba a ocurrir. Además, yo tenía un teléfono en mi casa que me comunicaba con todo Chile —fundamentalmente con el subsecretario del Interior, Daniel Vergara— y con intendentes, gobernadores y ese teléfono no me funcionaba ya como a las tres de la mañana. Estaba bloqueado. No me pude comunicar con el Presidente. No lo vi hasta que como a las ocho me fui a La Moneda. El había llegado y tampoco se podía comunicar con nadie. Habían empezado a entorpecerse las comunicaciones telefónicas.”

“La Moneda estaba acordonada por Carabineros, estaban las tanquetas afuera, estaba la Guardia de Carabineros. A las 8 y media comenzó el boletín de la radio Agricultura que pedía la renuncia al Presidente y empezamos a ver qué podíamos hacer. Estábamos los ministros Almeyda —que había llegado el lunes— los dos hermanos Tohá —Jaime era ministro de Agricultura—, Anibal Palma, don Edgardo Henríquez, estaba yo, Daniel Vergara, Fernando Flores, Osvaldo Puccio, el negro Jorquera, el perro Olivares, la Paya, las dos hijas de Salvador, la Chabela y la Tati y el grupo de la guardia personal, y los edecanes. Hubo un momento en que el Presidente pidió hablar a solas con ellos. Habló con ellos y les pidió que se retiraran a sus unidades para que no tuvieran problemas. Se fueron. Estaba el actual general Badiola; el capitán Grez, de la Marina y el aviador Sánchez, que lo pasó muy mal. Lo identificaban mucho con la posición de Allende.

“Hizo su llamado el Presidente. Hizo un discurso improvisado por la radio, con Almeyda y con Tohá, se entablaron algunas negociaciones telefónicas con el Almirante Carvajal que era el Jefe de Operaciones. Pinochet estaba en Peñalolén y Carvajal insistía en que el Presidente renunciara. Se le ofrecía toda clase de garantías; de seguridad para su vida y su familia, que había un avión dispuesto para él y dos ministros. Era yo uno de ellos y no me acuerdo del otro.

“El bombardeo estaba avisado para las once de la mañana. Con todo esto fui a hablar con el Presidente. Y él dijo: ‘yo no llevo a ningún acuerdo, yo no renuncio, no acepto nada. A mí me van a sacar muerto de aquí.’”

“A mí lo que me interesaba era salvar la vida del Presidente. Yo pensaba siempre que Allende vivo era mejor que Allende muerto y sigo pensando

eso. Porque notaba en el Presidente la tendencia a inmolarsé. Era clarísima. Siempre en conversaciones privadas hablaba mucho de Balmaceda y se relacionaba él con Balmaceda. Lo vi decidido a morir peleando, claro de que pasaba a la historia.

“El no tenía ninguna preparación militar. Había aprendido a disparar una metralleta en El Cañaveral.

“En medio de toda la angustia me preocupaba qué va a pasar aquí, qué va a pasar con Allende, qué va a pasar con nosotros, qué va a pasar en el futuro con Chile..., todo está con una rapidez enorme. El dispuso..., tomo medidas. Viene el bombardeo, dijo, y no es posible que todo el gobierno esté junto —en eso insistía mucho—. Aquí abajo hay un subterráneo. Yo me voy a ese subterráneo con Vergara, con Puccio, con gente del Gap. Ustedes se van a otra parte. Ustedes tienen que salir porque son la continuidad del gobierno. Entonces Clodomiro Almeyda dijo, en el Ministerio de Relaciones hay un subterráneo donde podemos pasar el bombardeo y después veremos. Cruzamos por una terraza descubierta y ya salían balas por todos lados. Llegamos allá y el tal subterráneo era una caldera..., esas cosas de Clodomiro..., hemos estado sentados bajo las calderas de petróleo, cae una bomba ahí y no queda nadie..., ése era el lugar seguro.

“Ahí empezaron a caer los rockets. Los conté. Fueron trece o catorce y estábamos: los dos Tohá, Anibal Palma, Clodomiro, yo y un fotógrafo de la OIR, Silva, que se quedó ahí; porque se quedó. No hubo forma de convencer a los militares que no tenía nada que ver. Lo llevaron hasta Dawson.

“Empiezan los gases y empieza el incendio. Veíamos desde abajo, con una sensación de impotencia. Teníamos un teléfono, pero no podíamos comunicarnos para adentro de La Moneda. En cambio sí, hacia afuera, al exterior. Después se llenó de gases y tuvimos que subir a una oficina. Muy preocupado le dije entonces a Tohá, llama tú al Ministerio de Defensa para decir cuál es nuestra ubicación —recuerdo que fue un día muy sombrío, gris—, porque aquí nos van a matar como ratones. Estaba oscureciendo, eran las cuatro o cinco de la tarde, no sabíamos qué había pasado con el Presidente... De afuera nos dijeron que se rumoreaba que el Presidente estaba muerto. Costó mucho que nos vieran a buscar, porque no podían pasar los tipos. Había mucho baleo de francotiradores. Esperamos..., hasta que llegaron como a las 5 y media seis que llegó una patrulla y de ahí nos llevaron hasta el Ministerio de Defensa y nos recibió el general Nuño, un general muy atildado. Nos recibió muy bien —había una soldadesca brutal— con mucha cortesía. Quiero saber, le dije, qué ha pasado con el Presidente. El Presidente está muerto, —nos contestó— no por una bala nuestra. No puedo decir más.”